

El leopardo de las nieves

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *The Snow Leopard*
En cubierta: fotografía de © Abeselom Zerit/Shutterstock.com
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Peter Matthiessen, 1978
Primera edición publicada por
Chatto & Windus Ltd., 1979
© De la traducción, José Luis López Muñoz
© Ediciones Siruela, S. A., 2015, 2018, 2022
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.
Tel.: + 34 91 355 57 20
www.siruela.com
ISBN: 978-84-19419-27-9
Depósito legal: M-17.659-2022
Impreso en Cofás
Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

PETER MATTHIESSEN

**EL LEOPARDO
DE LAS NIEVES**

Traducción del inglés de
José Luis López Muñoz

 **Siruela**

El Ojo del Tiempo

ÍNDICE

Prólogo	19
HACIA EL OESTE	27
HACIA EL NORTE	91
EN LA MONTAÑA DE CRISTAL	209
CAMINO DE CASA	289
Nota de agradecimiento	355
Índice onomástico	357

*Para el roshi Nakagawa Soen,
el roshi Shimano Eido
y el roshi Taizan Maezumi*

GASSHO
*con gratitud,
afecto y respeto*

«Ese es, a fin de cuentas, el único valor que se nos pide: tenerlo para lo más extraño, lo más singular y lo más inexplicable que podamos encontrar. La cobardía de la humanidad en ese sentido ha hecho a la vida perjuicios sin cuento; las experiencias a las que se califica de “visiones”, todo aquello a lo que se llama el “mundo del espíritu”, la muerte y todas esas cosas con las que estamos tan íntimamente ligados se han alejado hasta tal punto de la vida, por el procedimiento de eludir las día tras día, que los sentidos con los que podríamos haberlas captado se han atrofiado. Y no digamos nada de Dios».

RAINER MARIA RILKE

PRÓLOGO



A finales de septiembre de 1973 emprendí con GS un viaje a la Montaña de Cristal, caminando primero hacia el oeste bajo el Annapurna, después hacia el norte siguiendo el curso del río Kali Gandaki y luego otra vez hacia el oeste y el norte, rodeando las cumbres de Dhaulagiri y a través de Kanjiroba, hasta la tierra de Dolpo, en la meseta del Tíbet, con un recorrido total de cerca de 400 kilómetros.

GS es George Schaller, el zoólogo. Lo había conocido en 1969 en la llanura del Serengeti, en África oriental, cuando trabajaba en su celebrado estudio sobre el león.¹ Cuando volví a verlo en Nueva York, durante la primavera de 1972, había comenzado un estudio sobre ovejas y cabras salvajes y sus parientes cercanos, las cabras antílopes. Quiso saber si me gustaría acompañarlo al año siguiente en una expedición al noroeste de Nepal, cerca de la frontera del Tíbet, para estudiar el baral, o carnero azul himalayo; GS tenía la impresión, que se proponía confirmar, de que este extraño «carnero» de las grandes alturas era en realidad más cabra que carnero, y quizá muy próximo al antecesor arquetípico de ambos. Viajaríamos en otoño para observar a los animales cuando estuvieran en celo, ya que co-

¹ George B. Schaller, *The Serengeti Lion*, University of Chicago Press, Londres, 1972.

mer y dormir, sus ocupaciones habituales durante el resto del año, no proporcionan prácticamente ninguna pista sobre su evolución y comportamiento desde el punto de vista comparativo. Cerca de Shey Gompa, el Monasterio de Cristal, donde los lamas budistas han prohibido que se los moleste, se aseguraba que había carneros azules en abundancia y que se los observaba sin dificultad. Y donde hay muchos baral, es inevitable que aparezca el menos frecuente y el más hermoso de los grandes felinos, el leopardo de las nieves. GS sabía solo de dos occidentales —él, uno de ellos— que hubieran visto al leopardo de las nieves himalayano en los últimos veinticinco años; la esperanza de vislumbrar este animal casi mítico en las montañas de las nieves eternas era justificación suficiente para el viaje.

Doce años atrás, durante una visita a Nepal, tuve ocasión de ver, en el norte, las asombrosas cumbres nevadas del Himalaya; reducir aquella distancia, recorrer paso a paso la mayor cordillera de la Tierra hasta un lugar llamado la Montaña de Cristal, era una verdadera peregrinación, un viaje de descubrimiento interior. Desde la usurpación del Tíbet por los chinos, la tierra de Dolpo, todavía hoy prácticamente desconocida para los occidentales, está considerada como el último enclave de la cultura tibetana en estado puro, y la cultura tibetana es el último reducto de «todo lo que anhela la humanidad de hoy, porque se ha perdido, o porque no se ha conseguido o porque está en peligro de desaparecer: la estabilidad de una tradición que tiene sus raíces no solo en un pasado histórico o cultural, sino en la más profunda interioridad del hombre...»². Diecisiete años antes, el lama de Shey, el más venerado de todos los *rinpoches*, los «inapreciables» de Dolpo, no había abandonado su retiro cuando un erudito de las religiones tibetanas³ alcanzó el Monasterio de Cristal, pero sin duda nosotros tendríamos más suerte.

De camino hacia Nepal me detuve en Benarés, la ciudad sagrada del Ganges, y visité los santuarios budistas de Bodh Gaya

² Lama Angarika Govinda, *The Way of the White Clouds*, Rider, Londres, 1973.

³ David Snellgrove, *Himalayan Pilgrimage*, Cassirer, Oxford, 1961.

y Sarnath. En la época del monzón, a mediados de septiembre, el calor pardo de la India era espantoso y, después de unos días en la llanura del Ganges, me alegré de volar hacia el norte, hasta Katmandú, en las verdes estribaciones de la muralla himalayana. Era un día claro y, entre los capiteles de los templos y las pagodas de muchos pisos, volaban cometas negras y rojas, agitadas por el viento. El aire seco a 1.200 metros de altura suponía un gran alivio después de la humedad de la India, pero hacia el norte las cumbres quedaban ocultas por las compactas nubes del monzón, y a la caída de la tarde ya había comenzado a llover.

Encontré a GS en el hotel. Hacía más de un año que no nos veíamos, y nos habíamos escrito por última vez a mediados de verano, por lo que se tranquilizó mucho al verme aparecer sin contratiempos. Durante las dos horas que siguieron conversamos con tanta intensidad que después me pregunté si aún nos quedaría algo de qué hablar durante los meses venideros, puesto que no tendríamos más compañía que la que nos hiciéramos el uno al otro y no nos conocíamos demasiado bien. (De GS yo había escrito anteriormente que «es un hombre resuelto, difícil de conocer» y «pragmático estricto, incapaz de disimular su impaciencia cuando tropieza con actitudes poco científicas; se enfrenta a casi todo con gran rigor». También lo describía como un «joven enjuto y decidido»,⁴ y ahora lo encontraba más enjuto y decidido que nunca).

En Katmandú había llovido casi sin interrupción durante los tres últimos días. GS estaba ansioso de ponerse en camino, no solo porque aborrece las ciudades, sino porque el invierno llega pronto al Himalaya, y las lluvias del monzón se transformarían en copiosas nevadas en los pasos de montaña que teníamos que cruzar para llegar a nuestra meta. (Más adelante supimos que las lluvias de aquel octubre habían establecido un nuevo récord). Meses atrás GS había solicitado un permiso para entrar en Dolpo, pero solo ahora, el último día, se concedían los permisos. Escribimos las últimas cartas y las echamos al correo; al sitio donde íbamos no llegaba la correspondencia.

⁴ Peter Matthiessen, *The Tree Where Man Was Born*, Collins, Londres, 1972.

Abandonamos toda impedimenta y ropa que no fuera estrictamente necesaria y cambiamos los cheques de viaje por sucios fajos de billetes pequeños, porque los de más valor no circulan entre los montañeses. Con ayuda de nuestros *sherpas* empaquetamos tiendas y utensilios de cocina y regateamos para conseguir suministros de última hora en la confusión oriental del mercado de Asan, donde en 1961 yo había comprado un pequeño Buda de bronce atacado de cardenillo. Mi mujer y yo nos disponíamos a estudiar el budismo zen, y elegí el Buda de bronce verde de Katmandú para instalar un altarcito en la habitación del hospital de Nueva York donde el año pasado, en invierno, Deborah murió de cáncer.

A primera hora del día 26 de septiembre, en medio de una fuerte lluvia, con un chófer, dos *sherpas* y toda la equipación de la expedición, nos apretujamos en el Land-Rover que iba a conducirnos hasta Pokhara; otros dos *sherpas* y cinco porteadores tamang llegarían en autobús al día siguiente, a tiempo para salir de Pokhara el 28. Pero todas las llegadas y salidas eran dudosas; llovía sin descanso desde hacía treinta horas. Con un tiempo tan desastroso el viaje estaba haciéndose irreal, y, en el hotel, la cálida sonrisa de una guapa turista junto al mostrador de recepción me desconcertó; ¿adónde me imaginaba que iba? ¿Adónde y por qué?

Desde Katmandú hay una carretera, a través del país de los gorkhas, que lleva a Pokhara, en las estribaciones centrales del Himalaya; más hacia el oeste no existen carreteras. La que recorríamos serpenteaba por los escarpados desfiladeros del río Trisuli, convertido en torrentera; sucias cabrillas llenaban los rápidos, y los estruendosos desprendimientos de rocas desde las paredes del barranco espesaban de cuando en cuando la crecida de color marrón. Las piedras caían con frecuencia sobre la carretera: el conductor esperaba que volviera la calma y luego sorteaba como podía los obstáculos mientras todos los demás contemplábamos las enormes rocas en equilibrio inestable por encima de nuestras cabezas. Sobre un fondo de montañas bañadas por la lluvia pasó un grupo de figuras cubiertas que llevaban un cadáver, y su aparición despertó un vago presagio inquietante.

Después de mediodía amainó la lluvia, y el Land-Rover entró en Pokhara envuelto en un rayo de luz tormentosa. Al día siguiente había una húmeda luz de sol y cambiantes cielos meridionales, pero hacia el norte no se veía del Himalaya más que un denso tumulto de grises arremolinados. Al anochecer, garcetas blancas aleteaban a través de nubes muy bajas, ahora negras de lluvia; había llegado la oscuridad a la tierra. Más tarde, seis kilómetros por encima de las calles embarradas, en un punto tan alto que parecía suspendido sobre nuestras cabezas, brilló una blancura luminosa: la luz de las nieves. Los glaciares aparecían y desaparecían entre los grises, el cielo se abrió y el cono nevado del Machapuchare brilló como el chapitel de un reino superior.

Por la noche se reunieron las estrellas y el enorme fantasma del Machapuchare irradiaba luz, pese a la ausencia de luna. En el establo donde descansábamos, detrás de algo semejante a una posada, había mosquitos. Mi amigo, dormido, gritó en sueños. Intranquilo, me levanté al romper el día y vi tres cumbrones del macizo del Annapurna, que sobresalían por encima de delicadas nubes bajas. Había llegado el día de iniciar la marcha hacia el noroeste.